

## Persiflage

### Una accidentada visita a San José

= Colaboración directa =

Para Rómulo Betancourt, por si es cierto que leía con su novia los *Diálogos* de Platón.

San José es casi aldea: lo sé; lo comprendo; ello no obstante, San José es todavía la ciudad más grande, la de mayor bullicio y animación, que yo conozco. Mis lectores extranjeros se reirán de mi ingenuidad: confieso que, las veces que voy a San José, quedo aturdido: ¡veo tanta cara desconocida; oigo tanta voz extraña; las gentes se mueven con una prisa cuyos móviles, por ignorados, me confunden; y observo en mí un fenómeno que, porque me agrada sobremedida, he de contarlo: San José me embriaga.

Recorro sus calles con la cabeza nublada de humos a través de los cuales el mundo se me bambolea y hace chistosas muecas y se pone en extravagantes actitudes; y un espíritu se apodera de mis piernas, danzón y alado: ando y ando, de la estación del Atlántico cuesta abajo al Parque Morazán, como en un *pas seul* de coreografía juglaresca, y cuando llego a la Biblioteca Nacional, la sangre me canta en las mejillas con acompañamiento de bajos cordiales y de *pizzicatti* en las yemas de los dedos. Y allí, ¡qué olor el de los libros! Me encanta estarme un largo rato, hasta que se me apaciguan los pulsos otra vez, viendo los estantes atestados de volúmenes. ¡Qué bien se ven los de la colección de Rivadeneyra; qué bien las enciclopedias; qué bien mis favoritos, los clásicos griegos y latinos! No tengo tiempo para bajar ninguno y abrirlo y hundirme en él. No importa. Unos son viejos amigos: los saludo con cariño: mi Tucídides grave y hondo, mi Heródoto decidor y amplio y siempre lleno de alta emoción, mi Jenofonte filoso como cumbre de cordillera, mi Tito Livio mentiroso, mi Homero sonoro, mi Catulo dulcísimo, mi Platón cuajado de estrellas, de luz espesa, igual que una vía láctea; y un volumen que hay de *Aristophanem Scholia Graeca* y otro de *Fragmenta Euripidis*, y tomos sueltos de la colección de Sir John Lubbock, y las muchas ediciones de Horacio, y las pocas de Virgilio, y, dejo de contar! Los miro a todos como a amigos encontrados en una muchedumbre: mis ojos van desordenadamente de unos a otros; y cuando ya me alejo y vuelvo a la ciudad, es sintiéndome confortado. Sí, yo soy ese ser raro que en medio de una civilización de victrolas y de cine parlante, conozco más íntimamente a ciertos libros viejos que a los seres humanos con quienes me rozo cada día.

Esta vez don Joaquín estaba atendiendo a ciertos personajes importantes. A distancia le ví, de pie en su covacha libresca, gesticulando a propósito de quién sabe qué motivo mientras que un individuo entre sus visitantes tomaba apuntes: algún profesor yanqui, o periodista, no me cabe duda. ¡Qué iba a hacer yo en ese grupo! Heredia se vació toda en don Joaquín, y Heredia explicándole el país

a unos oyentes yanquis, de pie en covacha libresca y gesticulando a propósito de quién sabe qué motivo, me repelía: don Joaquín es todo voz, voz melosa, voz para coro de ascéticos frailes encapuchados: hasta cuando nos leía la descripción de doña Endrina, parecía que salmodiaba secuencia sacra de vísperas claustrales. Grato es el recuerdo de la enseñanza que me impartió; he releído muchas veces pasajes del *Calila y Dynua*, y la historia de los mures que comían fierro—este cuento, no sé por qué, más que los otros—me evoca siempre la figura de don Joaquín, menos adiposa que hoy, hecha voz de música gregoriana. Pero con eso y todo, él es la Escuela de Heredia y, caray,—pensé esta vez—cuando se llega a San José es triste cosa caer de sopapón en Heredia explicándoles el país a unos periodistas, o profesores, de tierras bárbaras.

A la puerta de la Biblioteca me quedé quién sabe cuánto tiempo. Estaba embobado en inconscientes recordaciones de mis lecturas de los clásicos. Mis ojos miraban el trajín ciudadano; mis oídos oían la danza salvaje de un disco de fonógrafo tocado como a cien varas de distancia; pero en el fondo de mí, como rumor de lluvia, sonaban versos griegos y cláusulas latinas con un ruido familiar y amable, y en medio de esas armonías, sólo Dios sabe por qué razón de repente escuché la sentencia optimista de Goethe, aprendida de labios de Gissing: *Was man in der Jugend begehrt hat man im Alter die Fülle*. Comprendí entonces, y me reí de ello interiormente, que la embriaguez de la ciudad me había poseído. No sé qué reloj dio una de las horas *quae nobis pereunt et imputantur*, y oí las campanadas como si fuesen un llamado de alegría, un llamado de la hora *cum regnat rosa, cum madent capilli*. Cogí por la pendiente mesurada que cae en la Avenida Central y, por esta vía de márgenes de vidrio, seguí hacia el centro, asomándome deleitado en todas las ventanas del comercio.

Ella me vio primero, porque cuando reparé en ella con asombro, una sonrisa de inefable *amusement* iluminó su faz. Estaba la bellísima muchacha distraída sacándoles el jugo a un cerro de naranjas de oro, en un aparato zumbador, que me había embobado porque su ruido de abejón eléctrico que yo trataba de escandir me sonaba a ciertos hexámetros de la *Odisea* en los que el poeta dice el fragor siempre igual de un mar sin horizonte.

Al reparar yo en ella con asombro, mi reina de las naranjas de oro, desde su Cólquida moderna, desde su jardín de las Hespérides puesto al servicio del turismo y disfrazado todo con artefactos del viviente siglo, me sonrió con divina sonrisa: así sonreiría Afrodita cuando el

*Persiles*

Heredia, febrero, 1931.

garzón de Ida le otorgó la manzana de belleza, así sonreiría Helena, en su palacio de Esparta cuando el troyano príncipe disfrazado de pastor ovejuno le habló por vez primera, así sonreiría Nausícaa cuando el náufrago semejante a un dios le dijo la bella inmortal salutación, y ella le respondió con mayor donosura que jamás tuvo doncella alguna que hablase con mortal. Sonrió la hermosa de las naranjas y en mi embriaguez fue ella como visión evocadora. Seguí mi recorrido de la calle soñando antiguos versos. Frente al edificio de las compañías eléctricas debo de haber dicho en alta voz—pues un haraposo rapaz me hizo seña de que yo estaba loco—el soberano pentámetro de Marlowe:

*Is this the face that launched a thousand ships?*

La mofa del limpiabotas me hizo surgir toda la sangre al rostro. Volví en mí de mi abstracción. Me dí cuenta de que estaba en la capital de la República, yo, maestrillo insignificante, y de que el papel que hacía era de lo más deplorable pareciendo, en plena Avenida Central, un infeliz escapado del Asilo Chapuí. Pensé si no habría sido de burla también la sonrisa de mi deidad de hacía un momento. La ciudad se me volvió monstruosa, amarga, dura, enemiga, cruel: tan grande ella, y yo, en ella, tan pequeño: mis sueños todos en inminencia de que me los aplastara. El tranvía por allí pasa muy cerca de la acera y su campana de voz imperiosa, malcriada, agria, amenazante, me hizo saltar cuando la oí.

Anduve, anduve, anduve. No hice la visita al Ministerio que debía haber hecho. Me arrinconé en un lugar apretado del camión, y regresé a mi pueblo. ¡Ah, si tuviera yo otro ánimo!

Averiguaría si de veras me enamoré de la muchachona fresca, de ojos grandes, de brazos torneados, de linda sonrisa reluciente, que exprimía naranjas del otro lado de un vidrio de ventanal de edificio moderno. De seguro que no lee *Repertorio*. Pero si alguna vez lee esto, a los dioses luceros a quienes desde hoy llamaré sus hermanos—Cástor y Pollux, los Gemelos de Leda—fervientemente les ruego que brillen en su corazón: así puede ella apartar de su lado todo espíritu de burla, y enternecerse pensando en que un instante fue encarnación de diosa y de reinas como diosas para el que, ebrio del aire de su ciudad, reparó en ella con asombro.

¡Si volviera a San José, y fuese atrevido a entrar en el exótico lugar en donde sirve; y si le hablara, y si me respondiera! ¿Qué cosa le diría? ¿Qué me diría ella? ¡Ah, si sus ojos me miran otra vez, sus oscuros ojos grandes—¿así será, de noche, el mar?—no podría pronunciar palabra!

Pero entonces sabría yo que la amo. ¿Qué pavor me posee de sólo pensarlo?

Ahora comprendo por qué el hebreo le decía a su amada: Tu belleza es terrible como ejército que viene con banderas desplegadas.

Siempre he querido amar. ¡Oh Goethe!, ¿cuándo habré mi ensueño?

Mira que ya voy para viejo.